

glas, se practica como deporte”. A una definición tal corresponde cualquier lucha entre dos: la lucha libre, la greorromana, el judo, el jiu-jitsu, el tae kwan do, etc. En *marica* “Se le dice a las mujeres”, no se sabe si así se les dice siempre en el Centro, Los llanos y Los Andes, o si se les dice así en ciertas situaciones, que no se explican. De *maroma* sólo se dice “Ejercicio de equilibrio. Acrobacia”, cuando la acrobacia es más bien un ejercicio dinámico de destreza y riesgo, y en ella el equilibrio suele ser sólo una parte momentánea de su ejecución.

Llama la atención el caso de *halar/jalar*, en donde se ofrece el artículo principal bajo la forma *halar*, a pesar de que la forma más documentada es *jalar* (los testimonios orales de *halar* ¿indican una pronunciación aspirada o la falta de aspiración, para que realmente se diferencie esa forma de *jalar*?).

Pero estas observaciones son de poca monta, si en cambio se mira la gran riqueza de voces y expresiones que documenta el diccionario, y el valor que tienen sus testimonios para el conocimiento del español de Venezuela. Es ahí en donde reside su verdadera calidad. Hay que felicitar por ello a María Josefina Tejera y sus compañeros, y hacer votos por que el acopio de datos y la elaboración de nuevas versiones de este diccionario se convierta en una actividad permanente, bien acogida y resguardada por la Universidad Central de Venezuela.

LUIS FERNANDO LARA
El Colegio de México

M. BEATRIZ FONTANELLA DE WEINBERG, *El español de América*. Mapfre, Madrid, 1992; 287 pp. (*Idioma e Iberoamérica*, 2).

¿Qué es el español americano? ¿Existe un español americano? Preguntas de respuestas múltiples y polémicas que sirven de marco de entrada al libro *El español de América* de M. Beatriz Fontanella de Weinberg. La dificultad de las posibles respuestas emana de la definición misma que la autora da del español americano: “una entidad que se puede definir geográfica e históricamente. Es decir, es el conjunto de variedades dialectales del español habladas en América que comparten una historia común, por tratarse de una lengua transplantada a partir del proceso de conquista y colonización del territorio americano” (p. 15). En efecto, la lengua española se transplantó a toda América, pero la historia en cada uno de sus países tiene hitos diferentes. Las condiciones del trasplante tuvieron rasgos distintivos propios en cada una de las regiones de contacto y,

Sea por el influjo andaluz, sea por la koinización, la realidad es que la lengua transplantada a América no era estable en el momento de los diversos encuentros, ya que en su interior había todavía tensiones, cambios, alternancias y variaciones cuya consolidación se dio en todos sus niveles ya en tierra americana y en contacto con las lenguas nativas. Éste es el verdadero rasgo distintivo del español de América.

Desde esta perspectiva, Beatriz Fontanella finaliza la primera parte del libro, "El desarrollo de los principales rasgos del español americano". Se trata de un concienzudo paseo por todos los niveles del español, en el que los vados más espaciosos los ocupan el *seseo*, el *yeísmo*, la *confusión de líquidas*, el *voseo*, los *tiempos verbales*, y sobre todo el léxico, expandido por una realidad nueva, multivariada y desconocida.

En la segunda parte del libro, la autora vuelve a elegir la discusión teórica para situarse en el presente del español de América. Esta vez, se trata de cuestionar y derribar con argumentos sólidos y bien fundamentados, las erróneas tesis sobre la pretendida naturaleza de nuestro idioma: *unidad y homogeneidad*, *arcaísmo y carácter vulgar*. La delimitación de las zonas dialectales es motivo de una nueva discusión. Ahora los interlocutores son Henríquez Ureña, Rona, Resnik, Zamora, y Guitarte. Con la claridad sintética que la caracteriza, Beatriz Fontanella pone en tela de juicio cada una de las propuestas de demarcación dialectal de estos autores. Cinco, cuatro, ocho o tres rasgos de diversa índole, ya fonética, ya léxica, ya sintáctica, no pueden ser la salida para esta demarcación. Según Fontanella, la solución idónea es la elaboración de atlas lingüísticos que impliquen un alto grado de certeza sobre la extensión de los distintos fenómenos que caracterizan y dividen dialectalmente a cada país. El gran problema estriba en la dificultad material y temporal que supone la realización de un atlas, el de México, por ejemplo, le ha llevado a Lope Blanch cerca de tres décadas.

En la sincronía, Fontanella de Weinberg vuelve a recorrer los mismos rasgos que analizó en la diacronía y añade otros que han cobrado fuerza e importancia en diversas zonas dialectales de América y que fortalecen la idea de una lengua heterogénea y variada. Baste mencionar algunos de ellos: realizaciones de /x/, diferentes pronunciaciones de /č/, la delimitación de *ser/estar*, usos de *haber* y *hacer* en construcciones existenciales y temporales, construcciones impersonales y de pasiva en *se*, construcciones con *que* y *de que*, la preposición *hasta*, y el léxico contemporáneo, aumentado, ahora, por el progreso de la ciencia, la tecnología, y el contacto con las lenguas indígenas y las de prestigio cultural y económico.

Finalmente, Fontanella cierra esta segunda parte del libro con el capítulo "El habla de los distintos países o regiones". Constituye ésta

una magnífica oportunidad de conocer el estado de la cuestión en los estudios del habla de toda la América hispana. Desde el suroeste de los Estados Unidos hasta Sudamérica. El esfuerzo que hace la autora por dar un panorama completo es loable, si se toman en cuenta sus propios argumentos: disparidad en los materiales, en la tradición lingüística y en las instituciones de investigación de cada uno de estos países (hablando de instituciones, se extraña la mención de El Colegio de México en cuyo Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios se ha venido realizando el *Atlas lingüístico de México* desde 1966 y más recientemente el *Diccionario del español de México*, obras básicas para el conocimiento de nuestro español). Superando este escollo, recorre país por país, dando cuenta de las principales contribuciones que se han hecho al conocimiento del español americano; hay un rico desfile de especialistas y de obras que muestran fehacientemente la riqueza y variedad de nuestro idioma, por un lado, y la necesidad de hacer conjuntamente estudios contrastivos, por el otro.

Beatriz Fontanella dedica la tercera parte del libro al tema más interesante y menos explorado aún, a las lenguas en contacto con el español: las indígenas, las de origen africano, las inmigratorias y las otras lenguas nacionales. El solo mencionar estas variedades de contactos pone de manifiesto la complejidad del problema, que va bordeando fronteras entre lo estrictamente lingüístico y las más variadas situaciones sociolingüísticas: calcos, interferencias, interlectos, pidgins, criollos, bilingüismo asimétrico, lenguas de prestigio, actitudes, lenguas de dominio. Sin duda, el mérito de esta parte es que pone el dedo en la llaga de un campo que merece, hoy por hoy, una mayor atención y profundidad: la sociolingüística. Y si de méritos hablamos, podemos concluir que *El español de América* logra el difícil reto de reflejar con fidelidad la fisonomía pasada y presente del español americano. Sus virtudes son innegables y de muy diversa índole: rigor y claridad, información exhaustiva, conocimiento del problema, manejo de un vasto aparato crítico y de bibliografía (además de la que apoya al texto, Fontanella ofrece otra, comentada en uno de los apéndices). Pero la mayor de todas éstas es la que subyace al libro, la de sensibilizar, no sólo al especialista sino a todo aquel interesado en el lenguaje, hacia una realidad que, por compleja y multifacética, merece conocerse más de cerca.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA
El Colegio de México